

CAPITULO X.

Díaz en Tehuantepec.

Como resultado de sus dotes militares y la habilidad que en más de una ocasión desplegó, el Capitán Díaz fué nombrado, poco después de la derrota de los hermanos Cobos en Oaxaca, Gobernador y Comandante Militar del Distrito ó Cantón de Tehuantepec. En esa época contaba Díaz 29 años de edad, hecho muy significativo, si se recuerda que Tehuantepec, en aquel entonces, se encontraba plagado de bandidos, guerrillas y enemigos del gobierno, entre los que figuraba Conchada, quien había logrado insurreccionar la mayor parte del Istmo en contra de la causa liberal. Una gran parte de esas bandas, en la época del nombramiento de Díaz como Gobernador de ese Distrito, amenazaba asolar la región Istmica y someterla completamente á la causa conservadora.

Porfirio Díaz permaneció durante dos años al frente de la administración civil y militar del Istmo, prácticamente olvidado del gobierno en cuanto á proporcionarle ayuda alguna material. Y estos dos años fueron de reconstrucción y cuidadosa administración en los asuntos del distrito y de constante lucha contra el partido reaccionario y los indios.

En aquellos tiempos eran tan escasos los medios de comunicación entre la Capital y el Istmo, que con frecuencia transcurrían de tres á seis meses sin comunicación entre el Gobernador y el Gobierno central. Por lo tanto, Díaz quedó casi abandonado á sus propios recursos. En medio de sus constantes luchas contra los indios y cabecillas reaccionarios, halló tiempo para impulsar la educación, el comercio, actividad mercantil y las industrias nativas. Poco á poco los indios se dedicaron á trabajar; los ranchos y plantaciones comenzaron á florecer; el tráfico á través del Istmo se tornó seguro; se abrieron escuelas en las principales poblaciones y pueblos; el mercado



INDIA DE TEHUANTEPEC.

de la región hasta allí casi desierto, empezó de nuevo á dar señales de actividad y los negocios generales en el Istmo mostraron un avance firme al retornar la confianza bajo la administración del joven Gobernador. Los ramos fiscales del gobierno de Tehuantepec igualmente experimentaron una gran mejoría. El Gobernador, que había sabido inspirar confianza al pueblo en todo el distrito y retornar á la vida industrias que aparecían yertas, también logró poner un fin á los déficits que ocurrían en los ramos fiscales del territorio bajo su administración antes de su llegada á Tehuantepec.

Los contrabandistas asolaban casi todo el Istmo y sus maniobras se habían hecho tan extensas, que minaban la vitalidad de la administración, esto es, su hacienda. Tan notorio había llegado á ser este tráfico contrabandista que los comerciantes de uno á otro punto del Istmo, adquirían de los defraudadores la mayor parte de sus mercancías extranjeras. En aquella época existían también los impuestos interiores del Estado; pero eran eludidos por medio de extensas y bien organizadas cuadrillas de contrabandistas, en cuyas manos, prácticamente, se encontraba el negocio de transportes en el Istmo.

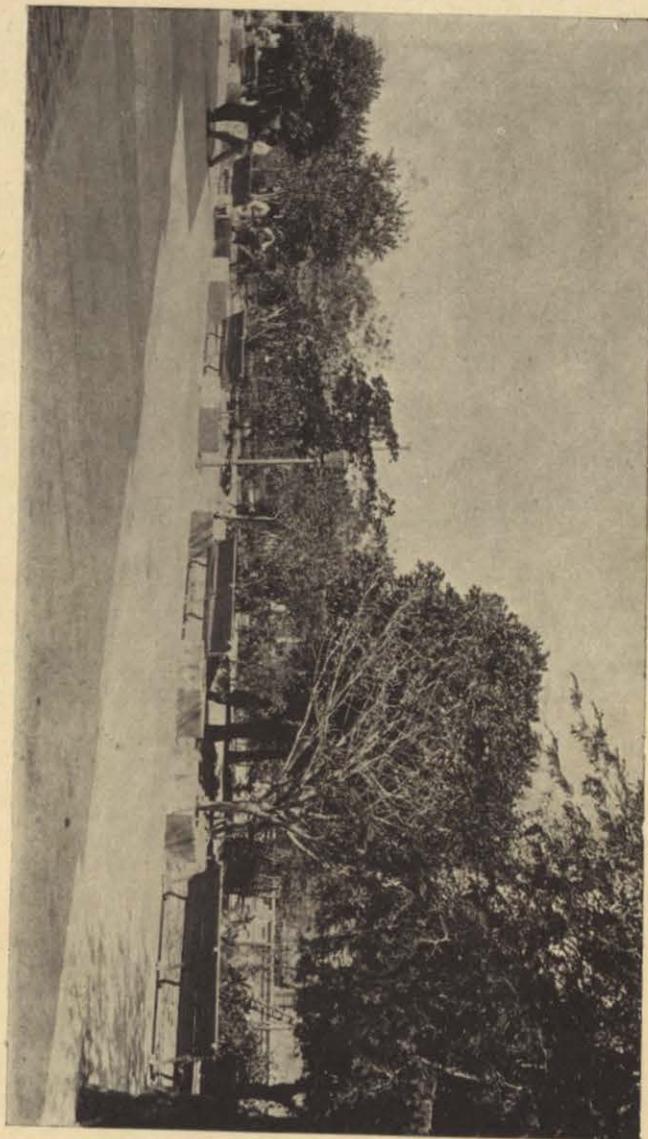
Cuando Díaz demostró su decisión para hacer volver á la ley á la región del Istmo, los contrabandistas, viendo su negocio en peligro, se afiliaron á las huestes reaccionarias y excitaron á los indios á oponerse al Gobernador. Esta fué una de las causas de tantas batidas, combates y escaramuzas que inquietaron la administración del joven Gobernador, quien no sólo tenía que combatir casi constantemente á sus enemigos, sino también se vió obligado á inspeccionar y recorrer todo el Istmo para impedir que se eludiese el pago de impuestos al gobierno.

En aquellos días el contrabando era reputado como una cosa legal. Los comerciantes lucraban inmensamente con él, ligados, naturalmente, con los contrabandistas á quienes protegían siempre que se presentaba una oportunidad. Tan bien habían los contra-

bandistas organizado su negocio y con tantos amigos contaban en toda la región, que fué una tarea extraordinariamente difícil el suprimirlos, aún disponiendo de la ayuda de una fuerza de policía de lo mejor organizada y empleados aduanales especiales, debido á lo agreste del país, su escasa población y tener, comparativamente, muy pocos caminos. Esto, aunado á la buena disposición de los campesinos hacia los quebrantadores de la ley, quienes contaban además con el apoyo de los comerciantes y con amigos y cómplices en todas partes, hizo de la tarea de extirpar el contrabando una obra hercúlea. Pero el joven y enérgico Gobernador se propuso llevarla á cabo, como lo hacía con cuantas cosas emprendía, y poco á poco venció las dificultades que surgían en su camino y redujo el contrabando en Tehuantepec á un minimum. Esto, naturalmente, aumentó los ingresos de la tesorería fiscal y el resultado fué que la administración de Díaz produjo un sobrante en el tesoro, no obstante el hecho de gastar más que sus predecesores en mejoras de utilidad pública de varias clases, notablemente con relación á la instrucción pública, la que impulsó constante y sistemáticamente.

Su administración fué económica, y por ello los negocios bajo la misma, se vieron atendidos con el cuidado y eficiencia que por largo tiempo faltaron en el gobierno de Tehuantepec antes de que asumiese el cargo de Jefe principal del Territorio.

Porfirio Díaz introdujo una innovación en su gobierno, que fué tanto mejor recibida, cuanto que no era acostumbrada allí, ni en muchos de los Estados y Territorios de México, ni aún en la administración del Gobierno Federal: Pagó regular y escrupulosamente su sueldo íntegro á los empleados militares y cívicos de las oficinas del Gobierno del Territorio. Esto le granjeó la buena voluntad de todos aquellos bajo su mando ó dependencia. El ejército estaba contento y confiaba en él. Los empleados del Estado mostraban igual confianza. Gradualmente ese sentimiento se extendió por todo el territorio y la buena volun-



Parque, TEHUANTEPEC, OAXACA.

tad hacia el joven Gobernador atrajo á su lado muchos adictos, aún entre aquellos que al principio eran sus más asiduos opositores.

Su gobierno del territorio de Tehuantepec es digno de mayor atención que la que la amplitud de esta obra permite, puesto que allí demostró la misma habilidad administrativa que le ha distinguido en su manejo en los negocios de la República desde 1876 hasta el presente. Le poseía el mismo deseo de ver prosperar al país, la misma atención consagrada á su administración y el mismo desvelo por el fomento del comercio, tráfico mercantil é industria y la misma habilidad para vencer las muchas dificultades que rodeaban su administración y que hicieron su trabajo tan excesivamente laborioso. Allí también mostró la mano firme que le permitió extirpar irregularidades de todas clases y devolver la paz al distrito; la justicia, que cautivó la buena voluntad del pueblo en general y la pericia para atraer á su partido á casi todos los mejores elementos en Tehuantepec. Fué, en menor escala, el mismo Díaz que más tarde había de asir el embrollo de dificultades que habían agitado administraciones anteriores de la República, para desenmarañarlo y dar al país un impulso maravilloso hacia la ley, el orden y progreso y un desarrollo interno como jamás había sido presenciado, aún en los más prósperos y felices días de las épocas coloniales.

El tiempo que Díaz estuvo como Gobernador y Comandante Militar de Tehuantepec le fué tan propicio, como fué afortunado también para aquella parte de la República, no obstante el hecho de sufrir considerable pena á causa de una antigua herida causada por una bala de fusil en la batalla de Ixcapa, ocurrida veinte meses antes, y ser víctima además de las fiebres palúdicas que han sido siempre el azote de las tierras bajas de México. Y decimos propicio, porque allí adquirió la experiencia militar y cívica que de otro modo, ó probablemente en cualquiera otra parte de México, quizás no habría podido obtener de una

manera tan efectiva, porque allí las condiciones eran peculiares, allí encontró problemas que en otra porción de la República no habría tratado tan ampliamente, y sobre todo, hallábase tan lejos de la Capital, sin vías de comunicación rápida que prácticamente se vió reducido á procurarse por sí mismo su salvación. Estas condiciones desarrollaron sus energías latentes y le suministraron confianza en su propia habilidad para solventar las situaciones difíciles y resolver complexos problemas de carácter militar, cívico y administrativo. Mucho debe el moderno México á aquellos dos años pasados por Porfirio Díaz en una región asolada por las fiebres, infestada de contrabandistas, y hostilizado por los reaccionarios y turbulentos indios. Porque allí nuestro actual Jefe Ejecutivo aprendió á dilucidar, en menor escala, muchos de los grandes problemas que más tarde resolvió para con la nación entera. Allí fabricó su propia pólvora, municiones y otros elementos de guerra y allí abrió caminos, libró al país de bandidos y salteadores y creó una policía para el distrito, todo lo que en sí constituye una tan gran labor, dados los reducidos recursos de que disponía, su falta de experiencia previa, su juventud, y sobre todo, su carencia de reputación y amigos que le ayudasen, como su obra de regeneración de la totalidad del país emprendida muchos años después, cuando el héroe de cien batallas y de otras tantas administraciones prósperas, pudo rodearse de hombres de talento, de todas las edades y categorías, que la ayudasen, y contó con todos los recursos de la República, por más que estuviesen viciados y en profunda necesidad de organización.

Aquellos que deseen estudiar el carácter del hombre que ha hecho por el moderno México lo que ningún otro, deben considerar cuidadosamente su administración en el gobierno de Tehuantepec de 1859 á 1861, pues allí se encierra la clave de su carácter y de su éxito.

El que un joven de talento y ambicioso de éxito en



UNA FAMILIA TEHUANA.

todo, haya administrado bien el territorio que le fué confiado y el que haya visto por el interés intelectual y moral de sus habitantes, no aparecería, bajo circunstancias normales, tan digno de renombre y nota si no fuese por el hecho de que un puesto administrativo en aquel entonces era considerado en muchas partes de México, como invitación para procurar sólo el medro personal y el de los amigos, antes que todo. Una posición semejante era vista como el medio de reunir adeptos en torno de la figura central. Se cometían abusos de todas clases y el pueblo era despojado y expoliado en interés de los jefes ejecutivos y sus partidarios. Bajo tales circunstancias, no es nada extraño que la administración general, en los estados y territorios, fuese entonces mala. Esa actitud de la moralidad política hacia el público condujo necesariamente á la corrupción general del cuerpo administrativo y aún del mismo público.

La apreciación de los políticos de ambos partidos y sus secuaces, era que á aquel en el poder correspondía el botín. La faz notable de la administración de Díaz en Tehuantepec, es, por lo tanto, que haya podido levantarse muy por encima del credo político de su tiempo, proclamando que la justicia se hiciese para todos y que aquellos en el poder estaban obligados hacia el pueblo que representaban. Este lema, en verdad que había sido ya preconizado, pero el joven gobernador de Tehuantepec le daba muy diferente interpretación. En vez de opinar que aquel en el poder debía su primer deber á su partido y á aquellos que le habían servido como instrumentos para su elevación, predicó la doctrina de que el primer deber de un jefe era para su magisterio y para el pueblo y la nación, debiendo ejercer su administración obligado sólo por la ley y por la constitución. Este era el espíritu base de su administración en Tehuantepec; y éste también es el mismo espíritu que ha animado su gobierno de la República desde que fué llamado á regir sus destinos. Es cierto que durante los dos años en que fué gobernador de Tehuantepec, existieron

abusos de autoridad de parte de aquellos bajo su jurisdicción y que algunos se procuraron ventajas de sus empleos. Mas esto ocurre en los países mejores gobernados, y en México, donde las ideas de Díaz eran comparativamente nuevas y donde la práctica y sentimientos del pueblo se inclinaban más bien en favor de una mala versión administrativa, lo que sucedía en todo el país, no podía haberse esperado otra cosa sino un éxito parcial á sus esfuerzos. Pero el comparativo éxito constituía por sí solo un señalado triunfo para aquel que había sostenido ante la faz de la corrupción pública de su tiempo; que era el deber de aquellos que obtenían la pública confianza el desempeñar sus cargos teniendo por única mira el beneficio del pueblo del País.

Durante su presidencia, Díaz ha tropezado con las mismas dificultades que tuvo que combatir en Tehuantepec. En todas las razas y las naciones existe la tendencia entre los gobernantes de hacer su posición y su influencia benéfica á sí propios y sus partidarios. Esta idea estaba tan arraigada en México y era tan general que una de las mayores dificultades del General Díaz durante su presidencia, ha sido el lograr la administración honrada de los puestos públicos.

La dolosa influencia de la mala administración española de los cargos públicos y la idea de que en ellos se debe proteger á los amigos y partidarios y que los en ellos empleados deben unirse para un beneficio común, ha sido algo muy difícil de extirpar. Era esto tan general, el país cubría tan vasta extensión de territorio con intereses tan divergentes, tan pocos, tan esparcidos é imperfectos eran los medios de comunicación y los intereses locales tantos y tan intensos en su localismo, que se requirió gran paciencia y perseverancia para lograr lo que Díaz claramente percibió debería hacerse para que el país pudiese desarrollarse y avanzar con paso firme en la senda del moderno progreso.

Todavía existen abusos en México y existirán aún



GUERRERO DE OAXACA.

probablemente por muchos años. Mas no podrá ser de otra manera, dadas las condiciones que existieron en la República hace un tercio de siglo, y aquellas que han prevalecido hasta el presente. Pero si se comparan las condiciones entonces existentes con las de ahora, es evidente, aún vistas de una manera causal, la vasta reforma lograda por el gobierno de Díaz en el sentido de purificar las oficinas públicas y la administración de justicia. No hay un solo ramo de la administración que no haya sufrido una gran mejoría respecto á honradez y eficacia. Este mismo espíritu se ha extendido á la administración de los estados y territorios.

Actualmente, nadie, en cualquier punto de México, puede disponer á su albedrío de los recursos de la hacienda pública. Hoy ningún empleado público ni pensará siquiera salir del país, llevando en pos de sí, carros llenos con los caudales de la nación, como fué acusado de hacerlo Sebastián Lerdo de Tejada, cuando huyó de la Capital abandonando la presidencia al aproximarse el ejército revolucionario. ¡Lerdo, el justo, el brillante y honrado, como sus amigos le titulaban! Hoy ningún gobernador del estado, podría, si quisiese, apropiarse para su uso privado y el de su familia, los fondos del estado, sin rendir nunca cuenta de ello.

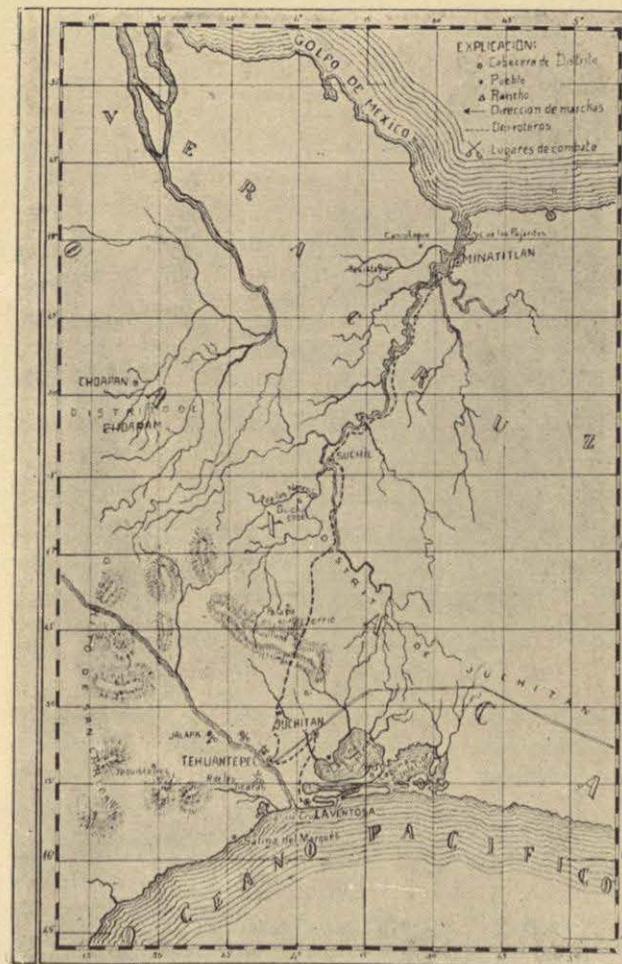
En la actualidad la administración, á través de México es la encomienda de la dirección de un negocio donde se lleva estricta cuenta del dinero recibido y gastado. Para aquellos que están familiarizados con los métodos práctico-comerciales de los países de origen sajón, ésto no parecerá extraño; pero para los que saben lo que era México hace medio siglo, la reforma operada en los asuntos del país y en la administración de las oficinas y cargos públicos es realmente digna de nota.

Fué en Tehuantepec donde Porfirio Díaz principió á ascender en rango militar, porque aún cuando el gobierno lo había dejado prácticamente abandonado á sus propios recursos, no podía haber dejado pa-

sar desapercibido el buen desempeño de su misión como soldado y gobernador civil, siendo su administración una casi constante lucha contra los enemigos del gobierno y del orden público. Rara vez transcurría una semana sin que no ocurriese un encuentro ó refriega de alguna clase en la que, invariablemente, Díaz resultaba victorioso. Muchos de estos incidentes carecían de importancia; pero otros eran verdaderas campañas campales, á resultas de las cuales Díaz cimentó su reputación y aseguró el éxito de la causa del gobierno en Tehuantepec.

Por la victoria decisiva obtenida sobre las fuerzas reaccionarias en la batalla de Mixtequilla, en Julio de 1859, en la que derrotó al Teniente Coronel Espinosa, libertó al Istmo de toda fuerza organizada del enemigo. Este triunfo atrajo la atención del Gobierno sobre su comportamiento y como recompensa fué promovido al grado de Teniente Coronel. Pero más que este ascenso, sus victorias en Tehuantepec le granjearon otro galardón: el cautivar la atención de los círculos militares de México, y su reputación y fama de soldado y como administrador, se extendieron más allá de los confines del distrito que administraba.

Como Tehuantepec era una dependencia de Oaxaca, de la cual formaba parte políticamente, los habitantes de la primera entidad veían con celo á los de la segunda, á quien acusaban de tratar de explotar en beneficio propio los recursos de Tehuantepec. Por su parte, en Oaxaca existía también la misma animosidad hacia Tehuantepec; pero con su táctica diplomática Porfirio Díaz logró apaciguar esta reyerta entre Tehuantepec y Oaxaca é hizo revertir la atención de los habitantes de la primera región de sus predisposiciones locales, á la defensa de la nación contra los reaccionarios y saqueadores, que en esa época habían asolado el Istmo. De este modo, aún cuando él mismo era oriundo de Oaxaca, logró ganar la buena voluntad y admiración de los habitantes de Tehuantepec, muchos de los cuales pelearon al lado



PLANO DE LA CAMPAÑA EN TEHUANTEPEC.